

En el aniversario de la ciudad de Concepción

Augusto Vivaldi Cichero X

Deseo iniciar estas palabras para agradecer la gentil invitación del señor Alcalde a participar en este día tan especial para todos los penopolitanos y, además, manifestarles a los presentes mi reconocimiento por la cortesía de su atención.

El motivo que nos reúne es nuestra ciudad, Concepción, y el pretexto es el día de su fundación. A lo largo del año existen cientos de ocasiones en que los distintos sectores de la población expresan juicios, estimaciones, pareceres, opiniones en referencia a los diversos aspectos de la vida ciudadana, sus habitantes y, en forma especial y más reiterada, las actitudes y quehaceres de nuestras autoridades. Pero esta ocasión tiene, y es lo justo, una proyección de encuentro entre el pasado, el presente y nuestro futuro. Por ello recordamos nuestra historia y la proyectamos hacia el porvenir en un intento más de profundizar y cimentar nuestra identidad de penquistas.

Nos disponemos para conversar sobre la historia cotidiana, lo que hacen, gozan y padecen todos los habitantes hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres. Esta es la historia de carne, sangre y hueso, la que intentaremos abordar dentro de la lógica limitación del tiempo que disponemos.

Pensamos privilegiar el contexto humano, dejando de lado legendarias canciones de gesta y las mitológicas hazañas sobre la fundación e historia de nuestra ciudad y, yo diría, aunque pueda considerarse irreverencia, que lo que aconteció podría servir o responder a la trama de una excelente telenovela, porque a mi entender somos el resultado de la acción más madura, sentida, amada y necesitada de Valdivia. Porque en esta empresa penquista están involucradas una cantidad importante de motivaciones, por ser un proyecto tan fundamental e importante, no se puede realizar con premura y precipitaciones; por ello fue necesario establecer primero plenamente el dominio español sobre Santiago, conectarse con el Perú mediante la fundación de La Serena y explorar la región austral con la expedición marítima de Pastene. Sólo entonces Valdivia decide emprender la expedición al sur y pudo comprobar la existencia de una población indígena numerosa y la agresiva conducta de esta gente, lo que le impide someterlos y lo obliga a abandonar escurridizamente la región.

Faltaban piezas para llevar a cabo la obra y en esta tarea se concentró: deci-

de viajar al Perú para combatir de la parte del Rey, y él une «hechura de los Pizarro» a sus antiguos protectores: Su participación fue decisiva y, luego de la batalla, es saludado por la Gasca no ya como Capitán, sino como gobernador, cargo que luego tendría la sanción real, después de salir absuelto en un proceso de la larga lista de 57 acusaciones presentadas por sus adversarios.

De regreso a Chile, ahora con respaldo real, se encuentra en condiciones de realizar la anhelada expedición de ultramaule, teniendo como aliciente y estímulo para sus seguidores la abundante población indígena que permitiría entregar como premio a los conquistadores las apetecibles encomiendas de servicio.

Así, en enero de 1550, se encuentran con sus doscientos españoles y sus miles de indios auxiliares aquí en el actual Concepción, en su campamento de Camilo Henríquez y J.M. García, a sus espaldas el cerro La Pólvora y franjeado por las lagunas y el río Andalién. Estas defensas naturales permiten presentar un sólo fuerte ante el furioso y constante embate de los mapuches. Esta victoria o, si se quiere, el no haber sido derrotado en la batalla de Andalién permitió a Valdivia llevar a cabo la pieza clave de su diseño político, fundando el 5 de octubre de 1550 la ciudad de Concepción del Nuevo Estremo.

Un elemento esencial es la necesidad imperiosa de contar con gente española para la empresa de dominación del pueblo mapuche, como lo expresa un testigo: «ellos son muchos y para conquistarlos era menester mucha gente». La tierra tenía cierta importancia; pero, si se carecía de fuerza de trabajo, no constituía un premio y, además, otro testigo en el juicio asevera que «de tres partes de la tierra, tiene el gobernador las dos e Inés Suárez y Alderete la otra. La carencia de indios al norte del Maule, obligó a Valdivia a reformar las encomiendas antes concedidas porque como él lo afirma había encomendado indios que nunca nacieron. Se les da a los despojados la opción de enrolarse en la nueva empresa que prometía como botín, premio o recompensa en considerable número de indios. En el juicio muchos se refieren a Inés Suárez como encomendera de quinientos o setecientos indios, además un testigo afirma que el gobernador está amancebado con esta mujer y duermen en una cama y comen en un plato, otros sostienen que es mujer muy socorrida e que hace por todos».

Ahora Valdivia, después de una década de trabajos en Chile, está en condiciones de solicitar mercedes al rey y lo hace; su máxima aspiración es lograr, como otros grandes conquistadores como Cortés y Pizarro, un título de nobleza y en la espera de esta dignidad prepara el camino removiendo obstáculos y creando condiciones propicias para su obtención. Debe además cumplir con las condiciones que le impone el fallo de absolución; una de ellas establece «que no converse inhonestamente con Inés Suárez, ni viva con ella en una casa, ni entre ni esté con ella en lugar sospechoso, sino que en esto de aquí adelante de tal manera se haya que

cese toda siniestra sospecha de que entre ellos haya carnal relación, a continuación se dispone que case a doña Inés, la envíe al Perú o a España y que disponga y provea de sus indios a los conquistadores».

En cumplimiento a esta orden Inés Suárez contrajo matrimonio con el conquistador de origen gallego y cinco años menor que ella, Rodrigo de Quiroga, que más tarde sería gobernador de Chile. Pero, a pesar de la disposición, mantuvo su encomienda de indios y su residencia en Chile.

Valdivia lleva a cabo diversos movimientos para estar en regla, solicita a su legítima esposa, Doña Marina Ortíz de Gaete, venir a establecerse en el reino para fundar familia.

Al trazar la ciudad, se autoconcede una manzana en la que ordena la construcción de una casa-fuerte de una cuadra cercada de altas paredes de adobes gruesos. En conformidad a su inclinación a vivir con señorío, sostiene un cronista, que «metió en su casa las personas más calificadas del ejército, para que le sirviesen en oficios concernientes a señor de título con mayordomos, camareros, maestra-sala, caballero y lo demás de este Juez». El mismo manifestó que quería sus casas en Concepción «grandes y suntuosas».

En su afán de prolongar su gobernación, continuó su expedición hacia el sur fundando ciudades y fuertes «en tierra muy fértil y abundosa, y muy pobladas, y de ricas minas de oro, aunque el gobernador ha mandado que nadie lo saque hasta que las ciudades estén fundadas».

Escribe al rey relatando la fundación de Concepción y califica el lugar como «un puerto e bahía el mejor que hay en estas indias» e insiste en solicitar la prolongación de su gobernación hasta el Estrecho de Magallanes y virando hacia la izquierda llegar al Mar del Norte es decir así al Atlántico. Es nuestro primer bioceánico que, haciendo de Concepción su centro capital, visionariamente atisba una red de comunicaciones del Atlántico al Pacífico centrada en nuestra región.

Se ha afirmado que Valdivia tiene una marcada preferencia por Concepción y ello no sólo es cierto sino que lo evidencia su acción de desprenderse de los repartimientos que poseía en la región norte y central, autoasignándose los indios del territorio comprendido entre Concepción y la bahía de Quidico, sobrepasando en la parte sur el límite de la cordillera de Nahuelbuta. Este dilatado territorio tendría una población de 40 mil indígenas lo que le da una fuerza de trabajo de unos 8 mil hombres.

En el año de 1553 parecía definitivamente asentado el dominio español en la Araucanía, por lo que Valdivia decidió iniciar la explotación de los lavaderos de oro, en especial Quilacoya para emplear los indios de sus encomiendas de servicio. Al visitar este lavadero en los últimos días del mes de diciembre de 1553, le presentaron una batea llena de oro, Valdivia la cogió en sus manos y dijo «Agora comienzo

a ser señor». Es decir sintió que al fin después de tanta lucha, esfuerzo y sacrificio, llegaba el tiempo de la paz, la abundancia y del pleno goce de lo tan duramente obtenido, el respaldo económico a su estatus social, su gobernación, su casa-fuerte en Concepción, su territorio de Atacama al Estrecho y al Atlántico, sus encomiendas, chacras, estancias, pertenencias mineras. Sintió seguramente que esta tierra que amaba y prefería le deparaba un futuro esplendoroso, montó en su caballo seguido por algunos soldados y enfiló sonriente hacia la muerte.